

# Aracnofobia

Luciano Aquino



# Capítulo 1

## Aracnofobia

Seguramente eran las cuatro de la mañana, cuando todo empezó. La tenue luz anaranjada que llegaba de la calle, amortiguada aún más por las cortinas, solo permitía distinguir algunas de las siluetas de mi cuarto. El perchero que yacía al lado de la ventana era lo más distinguible, sosteniendo en una de sus tantas ramas una campera de lluvia, inmediatamente al lado un sofá de cuero con tendencia a juntar moho en la parte trasera. Por último, al lado de la puerta una pequeña biblioteca llena de libros, mayormente novelas.

Y en un rincón, bajo la ventana y del lado derecho del perchero se encontraba la cama en el que descansaba. Me quede acostado mirando la habitación de un lado a otro, como todas las noches en que me despertaba abruptamente, y siempre es por el mismo motivo. Arañas.

Tengo arañas en la ventana, todo un vecindario de hecho, de todo tipo y forma, pero las que más abundan son de esas que parecen tarántulas en miniatura. Siempre inmóviles, como si estuvieran muertas, esperando a su próxima comida. De vez en cuando escucho los desesperados zumbidos de una mosca que cae en sus redes, cómo la araña inyecta un veneno que carcome los tejidos de su víctima y los convierte en una sopa espesa que gustosamente bebe, todo mientras la mosca o el desafortunado insecto de turno sigue con vida. Maldito esos días de mi niñez que me quedaba viendo esos documentales.

No logré conciliar el sueño y me levanté a buscar un vaso de agua en la cocina. De pronto siento un zumbido en el oído izquierdo, pensando que se trataba de un mosquito me golpeé la oreja. Nunca en la vida sentí tanto terror, como en ese momento al ver en mi mano una masa deforme que reconocí como una araña. Destruída por el golpe, solo se distinguían tres patas negras y finas como agujas, desesperado por el miedo corrí al baño a lavarme la mano y la oreja, los restos del arácnido se escurrían y desaparecían en el lavado.

Luego de lavarme minuciosamente las manos con alcohol etílico y de sacarme hasta la más mínima impureza del oído fui a mi habitación a intentar dormir, totalmente en vano, ya que mi mente maquinaba ¿Cómo llegó ahí? ¿Habrás más en mi cama? ¿Por qué no lo sentí antes?

Un punzante dolor en mi oído izquierdo me hizo saltar de la cama, gimiendo de angustia y pensando que podría ser otra araña corrió nuevamente al baño, esta vez no había nada. Decidido a no acostarme de nuevo en mi cama, fui a ver la tele. Eran las cinco y cuarto de la mañana, en todos los canales pasaban infomerciales excepto en uno donde pasaban un documental, sobre arañas. Apague el televisor enojado y nuevamente sentí ese punzante dolor en el oído izquierdo, esta vez no paró, sentía como si toda mi oreja estuviera latiendo, grité no solo por el dolor, sino también por la impotencia de no poder hacer nada para detenerlo. Intenté llamar al hospital local, pero otra puntada de dolor, luego otra y una más me impidieron llegar al teléfono. Me deje caer al suelo y grite tan fuerte que los perros de los vecinos empezaron a ladrar.

No sabía que hacer allí tirado en el frío suelo, entonces pensé algo tan mórbido que no pude evitar soltar un gemido. De nuevo y con dificultad fui al baño y me miré al espejo. Tenía los ojos irritados, respiraba agitadamente y no dejaba de temblar, mi oreja izquierda estaba al rojo vivo, como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiera ido allí. Escuché que algo se rasgó en el interior y luego un molesto y doloroso hormigueo, empecé a gemir desesperadamente y luego a gritar. Mis pensamientos no estaban errados, cientos de pequeñas arañas salían de mi oído.